

Enrique Garcés o el genio de la simpatía

JUAN VITERI D.

Cuando Alvaro San Félix me entregó la invitación del Instituto de Antropología, para que escribiera sobre Enrique Garcés -que pese a su talla aventajada, mucho tenía de lechuza y de duende-, deambulaba, con un grupo de alumnas, precisamente por los pasillos del edificio en que se aloja aquella institución otavaleña que ya es un orgullo ecuatoriano. ¿Desde qué ángulo miraría yo a Enrique Garcés, médico, dramaturgo, novelista, biógrafo, promotor de la vida social como el tábano del que hablaba Sócrates y periodista nato? Cuando recapacité sobre el asunto, me dije a mí mismo: desde aquel en que Enrique Garcés era incomparable y superior a todos, desde el dombo de su simpatía actuante que era la fuente de su posibilidad creadora y de su facultad de mover a los demás. Y convengamos, de paso, en que sólo a un filósofo, Enrique Bergson, se le ocurrió reparar en la simpatía como en una vertiente de creaciones.

A Enrique Garcés debió ocurrírsele algo que no se le ocurre a nadie: ¡entregar un pergamino de cariño y gratitud al profesor de matemáticas! Tenía por entonces apenas 17 años. Pero ya había en él, como una dote, aquello que mencionara divinamente Remigio Romero y Cordero: "no sé qué suave manera de tratar" a los demás. El profesor de matemáticas era un otavaleño: Carlos Alberto Viteri Guzmán, mi padre. El pergamino rezaba... bueno, decía lo que dice casi todo pergamino, pero lo firmaban a la cabeza Gabriel y Enrique

Garcés, alumnos del Teodoro Gómez de la Torre de Ibarra. La humanidad vivía los tiempos de la primera post-guerra, pero el Ecuador distaba de ingresar al riacho de la Historia Mundial. Estábamos como a la orilla, en espera de una corriente, de una torrentada, de una cargazón de aguas que nos llevara a la desembocadura en la que se reúnen los que verdaderamente existen. De Ibarra a Otavalo a caballo, para luego llegar a La Providencia al día siguiente y de allí a Pomasqui a tomar la diligencia. Al segundo o tercer día, Quito, la capital de las nubes. Los ricos llegaban más pronto, porque la duración del viaje dependía de la calidad de los caballos. Y sólo los ricos tenían caballos marca "roll-royce". En la ciudad había una Universidad fundada por Bolívar sobre las bases de la colonial de Tomás de Aquino y en la vejez de sus corredores, se alojaba como si fuera un mirlo para trogloditas, el tremendo fósil de un mastodonte encontrado en las faldas del Pichincha. ¡Pensar que un día el Pichincha pastaba elefantes! Por entonces, por aquellos tiempos en que Enrique Garcés inventó un pergamino para el "temebum", para el profesor de matemáticas. Sólo se le podía haber ocurrido a un espíritu que nació dotado del genio de la simpatía, en posesión de ese arte, de ese instinto, de ese don que se define como no sé qué suave manera de tratar a los demás.

La simpatía de la que vino dotado, le llevó al ejercicio de todas las vocaciones. Habían en él muchas vocaciones. Un día lanzó un reto bajo el título "Biografía de un bicho". Una novela en la que se ensayaba hacer la historia completa, íntima y externa, de un pobre diablo, de un hombre en cuya continuidad biográfica entra el basurero como cosa natural. Allí hay una vibración de humanidad que el tiempo la justificará y la justifica. Y como se apasionó por un "bicho", un día se apasionó de Rumiñahui y otro día de Daquilema. A decir verdad, los sacó de la hondura en la que habían permanecido olvidados. Y Rumiñahui, sobre todo Rumiñahui, merecía volver a la memoria. Quizás desde la infancia, oyó decir a los abuelos despectivos por las cosas de la Conquista: ese indio bravo que dio qué hacer a los españoles cuando venían por tierras del Chasqui... Así era como se lo menospreciaba y en cierto modo se le proscibía. Enrique Garcés le volvió a la vida.

Falso, absolutamente falso que aprovechara de ideas ajenas al escribir la biografía de Daquilema. Con todo derecho de escritor, utilizó de una investi-

gación seca, árida y sin méritos literarios. Enrique la animó: de un pedazo de barro, forjó una porcelana. Daquilema apareció en otra proyección. Y de aquel indígena al cual García Moreno apenas se refiriera en dos o tres renglones de su mensaje presidencial al Congreso de la República, Enrique Garcés forjó un rev. un líder y un ejemplar de la raza nativa. El soplo del relojero, diría alguno. Desde luego que el soplo tiene un abolengo bíblico como instrumento de la creación biológica y antropológica.

Solía enamorarse de las cosas y los temas. Y se enamoraba hasta agotarlas. Hablaba incesantemente de aquello que había ingresado a su extraña contabilidad de romancero. Una vez despertó a medio Otavalo para proponer el embotijamiento del yamor y otra vez volvió hacer lo mismo para otra singular propuesta: prestigiar a las aguas del Socavón como una panacea, enlatarla y repartirla por todo el mundo. Quería que todo el mundo compartiera su pasión por la tierra natal. Que las aguas del Socavón llevaran un mensaje desde aquí a donde termina el planeta, hasta las columnas de Hércules, hasta Catay y Cipango, y las tierras del Preste Juan.

Si alguien demandara una prueba material de cómo era Enrique Garcés bastaría con referirle que allí donde él estaba, los demás oían: él agitaba, él hablaba, él metía a todos los demás dentro de su propio saco de pescador. Rumiñahui, Daquilema, Espejo, un bicho, el aborto, el niño, el agua, el yamor. Arrastraba consigo, No sólo que era de aquellos que merecen el noble cogno-mento de "locos", sino que enloquecía a los que le oían. Un día daba una conferencia sobre el alcoholismo que derivó en consejos y luego en un diálogo informal de todos contra todos. ¿Qué se debe hacer si uno concurre a una fiesta con su propio vehículo y se toma unos tragos? ¡Siga tomando, hasta que se duerma y sólo maneje cuando haya buenamente despertado! Consejo genial, consejo de loco sabio, debidamente celebrado.

Junto a la vertiente de su simpatía creadora, anhelaba como una luz delicada, el amor a su tierra. Cierto que el otavaleño es un modelo de amorador en este sentido. Pero Enrique Garcés fue un arquetipo. Recorría las calles empedradas, con el ánimo de beberse los vientos. Golpeaba a las puertas. Llamaba a los amigos. Entregaba en una suerte de euforia que reconocía linderos con

el trance. Nunca dejó de ser otavaleño. Para él el paisanaje era algo más que un parentesco, era un auténtico y querido deber de amar al prójimo. Cuando trabajaba en el diario -tan extrañado- "El Día", en cuanto asomaba un grupo de otavaleños, escandalizaba a sus amigos y a su hermano Gabriel, inteligente y roñoso, "paisanos, están aquí los paisanos!"

Una retribución a ese amor de madre selva que abraza, se intenta con este homenaje, iniciativa del Instituto de Antropología, bajo la Dirección de Plutarco Cisneros. Un homenaje en el que tienen que entremezclarse por fuerza la añoranza, la sonrisa, la alegría de vivir, las vibraciones cósmicas de la simpatía como espíritu o genio de una personalidad. Sí, la alegría de vivir: ese es otro de los aspectos de Enrique Garcés. Vivió con alegría el don de la vida. Tal vez la derrochó un poco como derraman los vasos pléticos. Estaba excesivamente cargado y por fuerza tenía que ser así. Ahora reposa en paz, en dulce paz. De su paz merecida a la sombra de don Remigio: que siente la caricia del pampo en su éxtasis tranquilo de laguna. De esa laguna en la que desembocan todos los sueños de los hombres que somos de por aquí.